

Don Quijote y Dios, la Religión, la Iglesia*

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

Si a cualquier lector sencillo de la proto-novela cervantina, e incluso a quien no la hubiera leído, le pusiéramos ante este título, no hay que adivinar que la inmensa mayoría de ellos echaría mano de una manida frase siempre incorrectamente citada:

– Con la Iglesia hemos topado, Sancho.

Siendo así que ni “toparon”, ni fue con la Iglesia... sino con la iglesia del Toboso, tal y como aparece la expresión en el capítulo nueve de la segunda parte, hubiera o no una segunda intención en el novelista:

– *Con la iglesia hemos dado, Sancho.*

EL CRISTO DE DON QUIJOTE

La religión del quijotismo, el culto a Nuestro Señor Don Quijote, nuevo redentor del género humano, que culminó en Unamuno y en la *Letanía* de Rubén Darío, no fue un interpretación puramente arbitraria. Cervantes mismo lo sugiere presentando un héroe que recuerda muchas veces a Cristo.

Al regreso de su primera salida, un labrador vecino suyo, Pedro Alonso, viéndolo tendido en el suelo, le limpia el rostro, cubierto de polvo, como la Verónica a Jesús y, levantándolo, lo sube sobre un jumento, como el samaritano al herido de la parábola evangélica.

Cuando don Quijote se ve metido en la jaula que le han preparado sus amigos para trasladarlo a la aldea, y contesta a las palabras entre burlonas y apaciguadoras del barbero, alza la voz, y da un gran suspiro, como Cristo en la cruz. Cuando, en el capítulo siguiente, salen a despedirle la ventera, su hi-

* Texto base para la conferencia-recital en el salón de actos del Instituto Plaza de la Cruz, como clausura del día de las Letras o Día de Cervantes, organizada por los Amigos del Quijote y el Ayuntamiento de Pamplona (23 abril 2000).

ja y Maritornes, haciendo como que lloran, les dice aquél: *No lloréis por mí, buenas señoras...*, como Jesús a las hijas de Jerusalén. La entrada en la aldea, enjaulado y sobre el carro, un domingo a mediodía, con toda la gente en la plaza, parece la imitación de la entrada a la ciudad santa el domingo de Ramos.

Sancho Panza, arrodillado en una ocasión ante su amo, le besa la mano y la falda de la loriga. En la escena de los cabreros el caballero manchego invita a su escudero a sentarse, comer y beber con palabras que parecen recordar las de la Última Cena, seguidas por una cita de San Pablo sobre el amor y otra de los Evangelios. Varias veces, en todo el libro, resuenan las palabras de Cristo en el huerto de los olivos, cuando don Quijote se compara con Sancho en el dilema de velar o dormir. El discurso sobre la dichosa edad delante de los cabreros nos evoca de nuevo el espíritu y la letra de algunas Bienaventuranzas. En fin, para no buscar más semejanzas, la incredulidad del carretero, en las aventuras de los leones, hará exclamar a nuestro héroe, como Jesús a Pedro, que temía ahogarse en el lago de Genezareth: *¡Oh, hombre de poca fe!*

EPOPEYA DE LA CRISTIANDAD

De la “forma secularizada de espiritualidad religiosa” en la novela de Cervantes nos habló Américo Castro. Frente a la literatura profana vuelta “a lo divino” y a la que mezcla lo divino con lo humano, que el autor rechaza explícitamente en el primer prólogo, el genio de Alcalá vuelve a lo humano los motivos principales de la literatura religiosa, no mezclando nada sino fundiendo religiosidad y humanidad en un todo único. “No hay –escribe Vicente Gaos– en toda la literatura occidental obra tan profana y a la vez tan impregnada de sentimiento religioso y espíritu cristiano como el *Quijote*. Por eso no es bastante elogio decir que es la primera novela de Europa, debiendo añadirse que es también –más que la *Comedia* de Dante– la epopeya de la cristiandad”.

En el mismo prólogo su autor satiriza la falsa erudición de quienes citan a cada paso la Divina Escritura y los hechos y dichos de los santos. Él también, en boca sobre todo de don Quijote y Sancho, los citará a menudo, pero ya veremos cómo.

Gaos considera “casi segura” la acomodación que hace Cervantes de la salida del alma a la busca de Dios en la noche oscura de la negación espiritual, tema clave del poema celeberrimo de San Juan de la Cruz, con la salida del mismo hidalgo en busca de aventuras, narrada en el capítulo dos de la primera parte: “Una mañana, antes de día... puesta su mal compueta celada..., por la puerta falsa de un corral, salió al campo, con grandísimo contento y alborozo...” (*En una noche oscura / con ansias en amores inflamada / ¡oh, dichosa ventura! / salió sin ser notada / estando ya mi casa sosegada*).

No menos de 58 citas bíblicas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, recoge el mismo comentarista, transcritas literalmente, en latín o en castellano, en *El Ingenioso Hidalgo*, o parafraseadas de tal modo que suenan casi igual (I, 18 “Dios que es proveedor de todas las cosas...”; II, 22: “Unos van por el ancho campo...”; II, 27: (la venganza) “va derechamente contra la santa ley...), etc., etc.

EL CATOLICISMO NO POPULAR

Aunque a veces supersticioso, don Quijote no lo es por lo común, y ridiculiza frecuentemente la creencia en agüeros, en la fuerza mágica de la oración y en la milagrería, así como la confianza infantil en los santos.

Valga esta reflexión por todas: “El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo” (II, 58).

El capítulo 62 de la segunda parte (episodio de la cabeza encantada) es todo él una burla de la hechicería. Bromea con la fe ciega en los sufragios para sacar del purgatorio las almas de doña Rodríguez o la de Sancho, caído en la sima tras su salida de la Ínsula (II, 55: “Don Quijote soy...”).

En boca de su escudero, pone el autor de *Don Quijote* la velada crítica a la desmesurada devoción a las santas reliquias: capítulo 8 de la segunda parte (“Esas sepulturas...”).

En cuanto a los santos, incluso santos tan caballerescos como San Jorge, San Martín, Santiago o San Pablo, sólo éste es tratado con toda reverencia:

“caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte”. Los demás se llevan cada uno al menos, una carga irónica. Por ejemplo, Santiago, llamado también “San Diego Matamoros” (II, 58: “Este gran caballero de la cruz bermeja...”).

La mera exterioridad piadosa, como el mucho rezar automático, es motivo de sanción humorística en la gran novela cervantina; sean las avemarías y credos de los galeotes; los más de ochenta paternoster, avemarías, salves y credos de don Quijote sobre la alcuza o las cruces ante la dicha doña Rodríguez; las “mil cruces” que hace Sancho al ver el verdadero rostro del Caballero de los Espejos; el “millón de avemarías” del rosario que dice haber recitado el caballero andante; o las cruces que hacen los frailes benitos, como “si llevaran el diablo a las espaldas”.

SIN MISA LOS DOMINGOS

Martín de Riquer justifica el que don Quijote y Sancho nunca aparezcan rezando juntos o en misa, al menos los domingos (siendo así que los héroes de los libros de caballerías van a misa, confiesan y comulgan), por el respeto religioso que sentía Cervantes y por el deseo de evitar que el acto de devoción se convirtiera en una aventura más.

No parece razonable la justificación. Ni siquiera, como sus modelos los caballeros andantes de antaño, oye misa en una ermita al ser armado caballero; antes bien, las ceremonias “laicas” en el patio de la venta más parecen parodias de las ceremonias religiosas caballerescas que otra cosa.

Tal vez se acerque a la verdad el comentarista alemán Hatzfeld cuando se pregunta si don Quijote, más cerca del Erasmismo que de la Contrarreforma, no representa un paradigma de humanistas que siguen un ideal cristiano más antropocéntrico que teocéntrico o, como podríamos decir hoy, no encuentran una contradicción entre ambos. La verdad es que Alonso Quijano se hace caballero andante para cobrar “eterno nombre y fama”, aunque también “para el servicio de la república”. Y en la alocución a los cuadrilleros de la Santa Hermandad, en el lance de los galeotes, declara solemnemente que como caballero andante está exento de toda jurisdicción, pues “su ley es su espada,

sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad”, estando sólo sujeto a la justicia de Dios.

Asimismo, contra la costumbre de los caballeros andantes, don Quijote no invoca habitualmente a Dios sino a Dulcinea a la hora de la aventura o del peligro, o, si lo invoca, lo hace en segundo término y mucho más fríamente. Al menos es así en toda la primera parte. En la segunda la invocación a Dulcinea sigue habitualmente a la invocación a Dios o al cielo. De todos modos la “divinización” de la dama de sus pensamientos es evidente, con palabras casi paulinas: “Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser”. El piadoso y católico Sancho, que ha aprendido toda su religión y su moral de los sermones del cura de su pueblo, le reprochará a su amo el equiparar a Dulcinea con el mismo Dios.

CRISTIANO VIEJO-CRISTIANO NUEVO

A la insistente afirmación de Sancho Panza de ser cristiano viejo, católico a machamartillo y aun enemigo mortal de los judíos, don Quijote recuerda una y otra vez, en largos párrafos con Sancho o con su sobrina que, aun siendo él “hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad”, por encima de todo “cada uno es hijo de sus obras”, “no es un hombre más que otro si no hace más que otro” y que se “ha de remunerar a cada cual según sus méritos”. Baste esta breve réplica del caballero a su escudero (II, 42: “Yo cristiano viejo soy...”).

El ser hijo de sus obras lo lleva tan lejos Cervantes que en el capítulo 54 de la segunda parte, el célebre Ricote, vecino de Sancho y morisco expulsado, ahora peregrino tudesco que visita la España de sus amores, llega a justificar la expulsión de sus hermanos de raza, la mayoría de ellos no convertidos. Defiende su extraña actitud diciendo que “no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de la casa”, con tal de defender el derecho de su mujer, su hija –“católicas cristianas”–, y él mismo –más cristiano que moro– de ser católicos como cualquier español y de volver a vivir en España, “que es dulce el amor de la patria”.

Todavía es más emotiva y sincera la declaración de Ana Félix, su hija (II, 63: “De aquella nación más desdichada...”).

CURAS, FRAILES Y CANÓNIGOS

El más importante hombre de la Iglesia en toda la novela es el cura de la aldea de don Quijote y Sancho, Pedro Pérez, “hombre docto, graduado en Sigüenza”, grande amigo y contertulio de don Quijote, y grande amigo a la vez de “ese Cervantes”, quien durante toda la obra lo trata con afecto y respeto, y a veces con ciertas puntas y collares de humor benévolo, “según es de alegre y amigo de holgarse”, como lo muestra en varias ocasiones junto con otro gran amigo y contertulio del hidalgo manchego, el barbero de la aldea, mae-se Nicolás.

Cercano a don Quijote, pero más peleante y socarrón, y a ratos vengativo, estuvo el bachiller Sansón Carrasco, “ordenado de menores”, que hizo,

vencedor o vencido, de “Caballero del Bosque”, “Caballero de los Espejos”, “Caballero de la Blanca Luna” en el palenque de las aventuras quijotescas.

Otro cura rural, bien tratado en la obra, es el beneficiado, tío y educador de Marcela, tolerante y desinteresado, “a las derechas buen cristiano”, uno de esos clérigos demasíadamente buenos, que obligan a sus feligreses a que digan bien de ellos, “especialmente en las aldeas”.

Peor parados salen otros eclesiásticos de más alta jerarquía y posición, como el “grave eclesiástico” cortesano que encuentra en casa de los duques, a quien don Quijote, duramente reprendido por él, le contesta con un precioso discurso que merece todo un capítulo. Pero valga este retrato implacable (II, 31: “un grave eclesiástico destes que gobiernan...”).

Algunas burlas van dirigidas a la vida regalada de algunos clérigos y canónigos, como aquellos que, en el capítulo 19 de la primera parte, acompañaban al cuerpo muerto (cuerpo que algunos han supuesto el cadáver de San Juan de la Cruz, trasladado sigilosamente de Úbeda a Segovia en 1593). La pulla ha pasado a la memoria popular. Por culpa de las fiambreras de la acémila de repuesto, que cayeron en manos de caballero y escudero: la de “los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar”).

El canónigo con quien se encuentra la comitiva que conduce al ingenioso hidalgo en una carreta de bueyes iba acompañado de “seis o siete hombres de a caballo, bien puestos y aderezados”, quienes llevaban también una bien provista acémila de repuesto. Sólo que esta vez los dos andantes no almorzaron, comieron, merendaron y cenaron con ella.

Sátiras más hirientes tocan otros relajamientos de la vida eclesiástica, como en el cuento que relata a su escudero don Quijote en Sierra Morena sobre la viuda hermosa, moza, libre y rica, que elige para sus caprichos “un mozo motilón” (fraile sin tonsura) de un convento de maestros y teólogos, o en la carta de Teresa Panza, que habla de los amores y promesas del hijo de Pedro Lobo, que se ha ordenado de grados y de corona; o cuando compara, terminada la aventura de la cueva de Montesinos, la vida de los ermitaños de hoy, que hasta tienen gallinas, con los antiguos eremitas de Egipto...

LANCES ANDANTES CON ECLESIÁSTICOS

Famosas son las batallas reñidas por don Quijote con eclesiásticos:

La arremetida contra los frailes benitos, montados en dos grandes mulas, y su séquito. No sólo los maltrata nuestro caballero aventurero, creyendo que son encantadores que llevan hurtada alguna princesa, sino que el mismo Sancho Panza, menos enajenado y más a pie de obra y de ocasión, arremete gallardo contra el fraile caído y comienza, desinteresadamente como se ve, a quitarle los hábitos.

A los doce “encamisados” o “enlutados”, que vienen acompañando al cuerpo muerto —episodio ya mencionado—, los acomete, desbarata, los apalea el Caballero de la Triste Figura muy a su salvo y les hace dejar el sitio mal de su grado. Cuando uno de los enlutados, bachiller por más señas, le dice la condición de los que llevan el cadáver, Don Quijote se excusa como puede (I, 19: “El daño estuvo...”): Y cuando el dicho bachiller le declara excomulgado citándole en latín el comienzo del canon del Concilio de Trento, le responde irónicamente nuestro hidalgo por boca de Cervantes, excomulgado dos veces

por cosas de poca monta (Ib.: “No entiendo ese latín...”), si bien dejando patente su fidelidad a la Iglesia, “a quien respeto, adoro como católico y fiel cristiano que soy...”.

Menos confusos fantasmas y mejor desconocidos personajes debieron de parecerle a nuestro caballero andante los disciplinantes, que llevaban en procesión de rogativa una imagen de la Virgen “cubierta de luto”, para pedir lluvia. De nada sirvió que el criado le advirtiera a su amo del chandrío que estaba a punto de cometer (I, 52: “A dónde va, señor Don Quijote...”). El amo caballeresco vio sólo una “hermosa señora”, llorosa y cautiva, y arremetió a las andas. Pero esta vez tuvo menos suerte: uno de estos nuevos andantes y penitentes le dio con una horquilla del anda y aquél “vino al suelo muy mal parado”.

Dejemos otras bromas, chanzas, alusiones más o menos satíricas o tan sólo irónicas a gentes de la Iglesia, algunas de las cuales, en su doble o múltiple sentido, no son fáciles de interpretar, dividiéndose sobre ello los más insignes quijotistas y cervantistas. No faltan, por ejemplo, autores que ven en el episodio de la “resurrección” de Altisidora –capítulo 69 de la segunda parte– un aire de parodia de un proceso inquisitorial: jueces infernales, ministros, llamas de fuego, coraza de Sancho... La Inquisición española, por cierto, sólo tocó una frase de la novela, y la portuguesa no más de seis.

ESPÍRITU CRISTIANO DE LA NOVELA

Sería entrar en el ámbito de otro trabajo ir mostrando a través de toda la obra ese sentimiento religioso (¡) y ese espíritu cristiano de los que hablan Castro y Gaos.

El hidalgo manchego Alonso Quijano, de renombre *el Bueno*, está cuerdo y un día decide volverse loco, haciéndose don Quijote. Decide inventarse una nueva vida de caballero andante, una dama de quien enamorarse, el nombre apropiado del caballo, etc., y entra en la nueva Orden de caballería como “en su religión”. Podemos decir también que Alonso Quijano se hace cuerdo volviéndose loco, volviéndose contra la sola y pura razón de la sinrazón, es decir, la vida. Se hace, pues, el loco, aunque no por puro capricho. En cien pasajes oímos cómo platican en él la conciencia trastornada del caballero andante y la subconciencia del hidalgo aldeano y burgués. Razón y realidad: tema central de la mejor novela española.

Pero hay en ella mucho más que el dilema razón-realidad, dilema que tiene muy varia explicación según el sistema filosófico que se escoja. Don Quijote, ya lo hemos visto, no es un alucinado; si lo hubiera sido, hubiera acabado, como el de Avellaneda, en un manicomio. Nuestro héroe crea su mundo ideal, el mundo de los valores, su utopía (¡*Don Quijote de la Mancha* como la gran utopía española!), e intenta vivirla plenamente, con todas las contradicciones que se quiera, ya que el mundo opuesto, el de su vida real con el ama y la sobrina, el cura y el barbero, no le basta, y hasta lo adocena, lo empequeñece. Cervantes, el quijote-soldado de Lepanto, cautivo en Argel y luego alcabalero por los pueblos de España, lo sabe bien, mejor que muchos.

Nacido “por querer del cielo” en la edad de hierro “para resucitar en ella la de oro” –¡magistral la descripción de ésta ante los cabreros!–, don Quijote echa sobre sus espaldas, como los gloriosos caballeros andantes, “la defensa de

los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes”. Son las Bienaventuranzas evangélicas acomodadas a la realidad y al lenguaje de los caballeros cristianos.

Bien es verdad que, junto a todos estos altos objetivos, que pueden resumirse también en el primer propósito quijotesco de salir por esos campos y buscar las aventuras “al servicio de la república” (la sociedad soñada por él), está en primer lugar, como antes hemos visto, el “aumento de su [propia] honra”. Pero esto en un caballero medieval y más en un renacentista no tiene por qué contradecir al otro ideal sino componerse de mil modos con él y aparecer indisolubles. Lo que es válido también para un espíritu avanzado, como el personaje que habla aquí con palabras de Cervantes, partidario, como evidencia su primer prólogo, de no mezclar “lo humano con lo divino”, “que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento”.

En una página certera de su magna obra *España, un enigma histórico*, Claudio Sánchez Albornoz afirma que sólo un loco podía sentir a la sazón el ideal ético de la caballería, que ya no sentían ni los duques aragoneses, ni los hidalgos castellanos del verde gabán, ni los burgueses exquisitos de Barcelona. Como España su espada, Cervantes habría movido su pluma en defensa del espíritu retado a duelo singular por la razón, un espíritu definido “como aliento supra-racional y supra-emocional que guía los forcejeos del hombre en las misteriosas regiones que la razón pura no puede captar y que la pura emoción no debe regir”.

Don Quijote, como buen caballero, pone las armas por encima de las letras y prefiere la profesión caballeresca a la misma profesión religiosa contemplativa, porque los milites de la orden de la caballería son “ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia”.

Sobre este ideal de justicia discurre Menéndez Pidal, entendiendo como características de los españoles, al menos en las horas altas de nuestra historia, la solidaridad social, la preocupación jurídica, la equidad y la piedad, inspiradas por el individualismo, a fin de temperar la rigidez de la ley, como se refleja bien en nuestra legislación y en nuestra literatura. “Todos están dispuestos a ser libertadores de galeotes, como don Quijote (...) Siempre la consideración del individualismo se antepone a la de la colectividad”.

* * *

Alonso Quijano el Bueno, vencido por las razones de la sinrazón y por las sinrazones de la razón, ya en su lecho de muerte, donde se iba “muriendo a toda priesa”, recuperada su cordura primitiva, detestada su locura anterior dejando a un lado las “burlas” de Sansón Carrasco, pidió un confesor y un escribano para el testamento, “que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma”.

Admiráronse todos de las razones “tan bien dichas, tan cristianas” del moribundo. Recibió los sacramentos, y hasta el escribano que redactó el testamento dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho “tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote...”.

RESUMEN

Según algunos autores “El Quijote” es la epopeya de la Cristiandad. El autor habla del Cristo de Don Quijote, comenta sus críticas a un cierto catolicismo y a ciertos curas y frailes. Parece innegable el espíritu cristiano de la novela.

ABSTRACT

According to some authors “El Quijote” is the epic of the Christendom. The author talks about the Christ of Don Quijote and comments the attitudes of the Ingenioso Hidalgo and Sancho Panza toward the Church, the priest and friars. Undeniable is the christian spirit of the novel.